

NOTAS

IN MEMORIAM

VICENTE MARRERO (A PROPÓSITO DE UNA POLÉMICA SOBRE EL PENSAMIENTO TRADICIONAL Y SUS CONCRECIONES)

1. UNA SEMBLANZA PERSONAL

Recuerdo perfectamente cómo conocí a Vicente Marrero, después de haber trabado contacto con su obra y con su fama. Aunque, en puridad, recuerdo que conocí antes al mayor de sus hijos, Bernardino, llamado familiarmente «Charri», a quien me presentó en marzo de 1979 Enrique Zuleta junior, que a la sazón vivía en España y frecuentaba asiduamente las reuniones de los martes de *Verbo*, a la sazón activísimas y bulliciosas, tras una conferencia suya en la Fundación Universitaria Española, en el seno de un seminario en que también intervino don Ángel González Álvarez. Con tal motivo, Bernardino comenzó a aparecer de modo regular durante un breve período de tiempo, e incluso discontinuamente a lo largo de los años siguientes, por esas reuniones.

Un par de meses después, en mayo, me encontré por vez primera con Vicente. Fue en el consejo de redacción de la revista *Iglesia-Mundo*, que por entonces funcionaba quincenalmente, y donde tuve ocasión de tratar a personas excepcionales, con muchas de las cuales coincidí también en otros círculos: Juan Sáenz-Díez, Juan María Bonelli, Eulogio Ramírez, Ignacio Toca, los padres dominicos Victorino Rodríguez y Tuya, etc. Dirigía la revista Jesús María Zuloaga y la animaba con el entusiasmo y la devoción de siempre Rosa María Menéndez, viuda de Jaime Caldevilla, que la había fundado. En aquel consejo, que siguió a una resonante conferencia en el club Siglo XXI —a la que por cierto yo no había dejado de acudir— del cardenal Marcelo González Martín, arzobispo de Toledo y primado de España, asistí a un *scontro* a propósito de la misma entre Vicente Marrero y Rafael Gamba, a quien también conocí aquel día, tras haber sido la lectura de su obra decisiva en mi orientación intelectual. Vicente y Rafael, por entonces para mí don Vicente y don

Rafael, contendían sobre la interpretación de su valor. Lo que a Vicente había complacido en grado sumo desagradaba en forma pareja a Rafael. Recuerdo incluso que Rafael Gamba, con su habitual contundencia, envuelta eso sí en una suavidad y cortesía exquisitas, concluyó que el propio título de la disertación cardenalicia —«¿Qué queda de la España católica? ¿Qué quedará a fin de siglo?»— reflejaba aceptación, siquiera resignada y quién sabe si cómplice, a la erosión del catolicismo en España y su vivencia comunitaria. Gamba y Marrero, conmlites en empresas culturales tradicionalistas en los años cincuenta —de la mano de Ignacio Hernando de Larramendi, que acreditaría su vocación empresarial cimentando la asociación—, y distanciados luego aun sin el menor enfrentamiento, simplemente quizá porque la amistad venía en ambos casos por el lado de Ignacio, pero sin que llegara a fraguar el cruce, evidenciaban en sus posturas divergentes los cambios introducidos en la Iglesia por el II Concilio Vaticano y en España por la llamada «transición democrática».

Reconozco que mi cabeza y mi corazón se situaron de inmediato con Gamba, cuyo magisterio me ha seguido guiando desde entonces en tantas cuestiones. A Vicente, por otra parte, seguí encontrándole en los consejos de *Iglesia-Mundo*, a los que él acudía de cuando en cuando y yo habitualmente, y pronto en la Asociación de Escritores para el Fomento del Libro que el año 1981 fundamos y se malogró rápidamente. Recuerdo las pocas reuniones que de ésta se celebraron en la notaría de Juan Vallet y que me dieron ocasión de conocer y tratar también, entre otros, a José María Ramón de San Pedro, Gonzalo Fernández de la Mora, Gregorio Marañón Moya y Amalio García-Arias. Con la mayor parte de ellos continué el trato y, en algunos casos, como los de José María Ramón y Gonzalo Fernández de la Mora, incluso he llegado a tener gran amistad.

Pese a algunas reiteradas discrepancias que procedían de la misma causa que la que acabo de referir tuvo con Gamba, debí caerle en gracia a Vicente, porque me invitó a su casa, cercana a la de mis padres, donde empecé a visitarle con constancia. De esta manera nuestra amistad comenzó a estrecharse y se ensanchó a su mujer, Paquita, dama de extraordinario temple, que ha llevado durante años ejemplarmente la terrible enfermedad de Vicente, y sus hijos.

Me hice asiduo, uno de los pocos amigos que le frecuentaban, pues a decir verdad había comenzado un discreto apartamiento de toda actividad pública, acrecido tras su jubilación universitaria a finales de los ochenta. De hecho, en esa época, y hasta que la enfermedad le impuso el retiro, apenas creo haberlo encontrado fuera de su casa sino en unos almuerzos periódicos en que Juan Vallet nos reunía con Rafael y Andrés Gamba y José María Ramón de San Pedro. También acompañé a su casa en diversas ocasiones a amigos españoles o de paso entre nosotros. Entre los primeros, a Estanislao Cantero y a Javier Badía, a quienes obsequió sus libros tras haber participado en una de nuestras

reuniones anuales de amigos de la Ciudad Católica; y a los amigos brasileño, chileno y argentino respectivamente, José Pedro Galvão de Sousa, Juan Antonio Widow y Enrique Zuleta senior. Pero sobre todo en su casa, llena de libros y de papeles, pasamos muchas veces revista al panorama cultural, político y religioso español, especialmente el del microcosmos que es el tradicionalismo, en una relación llena de guiños por las simpatías y antipatías no siempre alineadas.

Por ejemplo, sabedor de mi admiración y aun devoción por Eugenio Vegas Latapie, le gustaba mortificarme con leves ironías que recibían de mi parte contrapunto inequívoco. Lo que le divertía en gran manera. Vegas y Marrero, hombres de signo bien diferente, no habían podido sino chocar en algunas de sus actitudes prácticas, pues a Eugenio le parecía oportunismo cierta versatilidad a que Vicente era dado, mientras que éste no podía sino encontrar rigorista la celosa intransigencia de Vegas. Sé incluso de alguna sabrosa anécdota al respecto, y bien ilustrativa, por cierto, del genio de ambos. Con Juan Vallet tuvo más sintonía y siempre le oí admirar, más allá de su obra, que por lo demás apreciaba, su cualidad de *manager* cultural. Y no podía sino ser sincero el elogio en quien, durante los años en que dirigió *Punta Europa*, pretendió —en otro terreno es cierto— algo semejante. Y es que el secreto de la Ciudad Católica, a más de la idea fundacional de Eugenio Vegas y sin desmerecer los aportes tan singulares de tantos y tan variados como notables talentos y tipos humanos que aparecen unidos en el común quehacer, está en buena parte en el tesón y organización sostenidos de Juan Vallet y de quienes le han seguido a causa del aliento que de él han recibido.

Respecto de Rafael Gamba, de quien también estaba bien lejos por tantas cosas, le conmovía la pureza de su tradicionalismo y siempre destacaba los acentos de autenticidad de su pensamiento y lealtad no sólo tradicionalistas sino inconsútilmente carlistas. En el caso de Elías de Tejada se sobreponía sin dificultad el agradecimiento por haberle apadrinado su tardía tesis doctoral sobre el padre Ramírez a las polémicas —de cierta acritud— que les envolvieron a propósito del menéndezpelayismo político cuando la aparición del resonante libro de Vicente sobre la guerra de España y el «trust» de cerebros. Luego volveremos sobre esto. E igualmente solía ponderar el tipo humano del dominico español, al estilo de los padres Santiago Ramírez o Victorino Rodríguez. Creo que con el tiempo las fobias se fueron reduciendo y el justo aprecio asentándose con firmeza. Sobre todo los últimos años le gustaba seguir preguntándome por los amigos de aquí y de allá, con quienes yo conservaba una relación epistolar o personal constante y él la había perdido o espaciado. Así, la nómina recién citada, pero también el príncipe Enrique Starhenberg, Ignacio Hernando de Larramendi, Federico Wilhelmsen, don Federico Suárez Verdeguer o Pepe Zafra, despuntaban con frecuencia por entre los recovecos de nuestra charla. En torno de una gran tetera, podíamos permanecer toda la tar-

de del sábado conversando sobre un sinfín de asuntos literarios, filosóficos y políticos. De manera que, sin dificultad alguna, antes al contrario naturalmente, integré el magisterio de Vicente en el acervo del pensamiento tradicional que por gracia de Dios ha marcado mi quehacer intelectual y vital. En este sentido, Vegas, Vallet, Gamba o Galarreta, que son de quienes me he lucrado más constantemente, han venido para mí acompañados de Elías de Tejada, Leopoldo Palacios, Alvaro d'Ors, Francisco Canals o Vicente Marrero. No es escaso motivo para dar otra vez más gracias a Dios.

La participación de Vicente Marrero en la obra de la Ciudad Católica de algún modo vino ligada a nuestra amistad. Pues aunque también amigo —con los matices que se quiera— de buena parte de los operarios de la primera hora, e incluso habiendo aparecido su firma en *Verbo* a propósito de su libro ya referido sobre el padre Ramírez, su colaboración, sin ser nunca habitual, se espació menos en los ochenta, siendo además ponente en una de las reuniones «Crisis y revolución en la cultura», Valencia, 1983) y dirigiéndonos también la palabra a los postres de una de nuestras cenas anuales de San Fernando. Lector cuidadoso de *Verbo* siempre me comentaba en la visita siguiente a la aparición de un número los artículos que más le habían interesado, al tiempo que prolongaba, matizaba, discutía los juicios contenidos en la revista.

2. UNA OJEADA SOBRE SU OBRA

Discúlpeleme el relato anterior, que me he permitido incluir, pese al riesgo de ser malinterpretado como una simple ocasión de hablar del propio relator más que del objeto de estas páginas, en atención a cierto tono personal que —sobre la etopeya intelectual del desaparecido— encuentro deben tener también las notas necrológicas.

Vicente Marrero (Aruca, 1922-Madrid, 2000) es una de las figuras intelectuales más netas, ricas y fecundas del pensamiento tradicional español de la segunda mitad del siglo XX. Pues su condición ensayista filosófico, cultural, político, literario y artístico lo hace difícilmente parangonable. Así, su quehacer me ha parecido, y de ello me he ocupado en el homenaje celebrado tras su muerte en su ciudad natal, organizado por la Fundación Canaria Mapfre Guanarteme y el Ayuntamiento de Aruca, como una ilustración admirable de los trascendentales del ser. En efecto, *ens, bonum, verum et pulchrum convertuntur*, y de la metafísica dependen la gnoseología, la ética, la política y la estética. Tomismo, tradicionalismo y casticismo encierran su obra, sin más dificultad interpretativa que la derivada de algunos ensayos artísticos de encaje forzado en la trilogía anterior.

Lector de español en la Universidad de Friburgo de Brisgovia durante los años de la II Guerra Mundial, donde trata a Heidegger y a Guardini, los ava-

tares bélicos y la falta de noticias de su parte durante un período hacen que sus amigos incluso lo den por muerto y le organicen un funeral. Regresado bien vivo, su salida al ruedo de la vida pública nacional tiene lugar, como antes se apuntó, a través de la editorial Cálamo, fundada con Rafael Gambra e Ignacio Hernando de Larramendi en 1951, donde aparecen sus primeros tres libros: *Picasso y el toro*, *El acierto de la danza española* y *El poder entrañable*. Este último, que a mi juicio se cuenta entre los más agudos libros de pensamiento político del período, fue varias veces reelaborado por su autor con el correr de los años, pero nunca reimpresso. Pero es 1953 el año que marca la historia de su fama, pues se incorpora en tal fecha a la secretaría de la prestigiosa revista *Arbor* —del Consejo Superior de Investigaciones Científicas—, donde comienza a ocuparse de la crónica cultural y donde publica un resonante artículo a propósito del catolicismo de Ortega, mejor, del propósito des-cristianizador del pensamiento orteguiano, réplica a personalidades de altísima significación y en buenos casos notoria influencia (Ridruejo, Marfás, García Valdecasas, Aranguren, Laín y Díez del Corral entre otros) que habían protestado precisamente por tal calificación.

Su vinculación al grupo Calvo Serer-Pérez Embid, no obstante la independencia de nuestro hombre respecto de algunos de los compromisos de los anteriores, le lleva también a las páginas de Ateneo y a los tipos de la *Biblioteca del Pensamiento Actual* y de la *Colección de Bolsillo* de Rialp. Así, en 1955, año de su matrimonio con Paquita del Toro, obtiene el Premio Nacional de Literatura por su biografía de Maeztu, libro de referencia insoslayable para conocer el pensamiento del ilustre escritor y periodista mártir y hoy muchas veces silenciado. Y en 1956 funda, con el mecenazgo de Lucas Oriol, *Punta Europa*, revista que dirige hasta 1966, es decir, la mayor parte y la más floreciente de su existencia, durante la cual convirtió sus páginas en un monumento inteligente y delicado de las posiciones del pensamiento católico tradicional. Durante buena parte de esos años despliega también una intensa vida social, recibiendo a los conferenciantes extranjeros invitados por el Ateneo, época de la que siempre le oí hablar con nostalgia.

Son también esos años finales de los cincuenta y todo el decenio de los sesenta los centrales de su vida. Amén de la dirección de *Punta Europa*, escribe y publica incesantemente. Y en varios frentes. En el artístico da a las prensas su comunicación, en italiano, sobre las corrientes estéticas en España, así como su libro sobre la escultura en movimiento de Angel Ferrant y su evocación de Rubén Darío. Igualmente aparecen, en el ámbito de la biografía, sus ensayos sobre Unamuno, Ortega, Heidegger y Guardini, y su *Historia de una amistad*, precioso relato de las relaciones literarias y personales entre Pereda, Menéndez Pelayo, Galdós, Valera, Clarín o Rubén Darío. Finalmente, en lo que hace a su veta política, el libro ya citado sobre nuestra guerra y su prolongación sobre la que llama «consolidación política», ocupan el centro de la polémica política nacional.

El siguiente decenio le lleva a la estabilidad profesional y al sosiego intelectual, tras los intensísimos años anteriores. Se incorpora a la jefatura del gabinete de prensa del Ministerio de Gobernación y obtiene plaza de profesor numerario en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense. Los libros, en cambio, se espacian, como también los artículos, no obstante lo cual sigue escribiendo y leyendo infatigablemente. Recopila también su obra poética, hasta entonces aparecida en cortas ediciones. Y se repliega, conforme comienza a sufrir la marginación consecuyente al cambio político, en sus recuerdos, sus libros, sus amigos. Desde finales de los setenta, sobre todo mediados los ochenta, en que le llega la jubilación en la Universidad, su aislamiento crece. Escribe ocasionalmente para *Iglesia-Mundo*, *Verbo* o la recién nacida *Razón Española*, pero sus libros no logran horadar el muro levantado por la estrenada democracia cultural. A finales de los ochenta le dedico un libro recopilatorio de las críticas recibidas por su obra, con introducciones de mi pluma, que edita la Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria y la Fundación Mutua Guanarteme. Libro en que Vicente había puesto grandes ilusiones, su aparición le compensa de muchos sinsabores y su presentación en la isla, en el magnífico local de la Fundación Mapfre Guanarteme, de la mano del gran Julio Caubín, siempre amigo hasta el final, se convierte en un gran homenaje a su figura. Pues, coincidiendo con la presentación de sus nuevos libros de poemas, acuden también Carlos Murciano y José Hierro. Homenajes que continuarán los años siguientes en Canarias y también en el Hogar de sus paisanos en Madrid. La terrible enfermedad neurológica que padece, sin embargo, empieza a hacer presa en él, limitándole de modo progresivo y pronto en forma casi total. Son los años del purgatorio en la tierra, que sufren especialmente Paquita y sus hijos. También, más en la distancia, los amigos. Sea todo para el bien de las almas y nuestra santificación, mientras Vicente ya descansa en la paz del Señor. Reciban sus familiares nuestra condolencia más sincera.

3. UNA POLÉMICA CULTURAL Y POLÍTICA

Si, por encima de juicios ceñidos, buscamos la singularidad intelectual de nuestro autor, si penetramos en lo diferencial de su «peculiaridad», si nos las vemos con su valoración dentro del *pensamiento español*, desembocamos en la escuela tradicionalista o, más ampliamente, si se prefiere, en el pensamiento tradicional. Esta conclusión, absolutamente pacífica e indiscutible en lo que tiene de adscripción, no lo es igualmente en cuanto a la univocidad de las expresiones. Elías de Tejada se encargó de ponerlo a las claras en más de una ocasión, por lo que nuestro camino aquí debe comenzar transitando por esos senderos que nos abrió. Luego ya tendremos ocasión de ponderar sus juicios o de matizarlos por comparación.

En efecto, polemizando con Calvo Serer (en 1954) —con el Calvo Serer de *Arbor* y de la *Biblioteca del Pensamiento Actual*—, y dirigiéndose —conforme se indicó— a Vicente Marrero (en 1961) con motivo de la aparición de *La guerra española y el trust de cerebros*, vino a perfilar las relaciones entre cultura, política y cultura política o política cultural. Por encima de ciertos juicios que pudieran resultar excesivos, explicables por causa del origen polémico de los escritos y del talante de su autor, hay un agudo discernimiento de lo que significa en los respectivos campos mencionados la tradición española.

El texto de 1954 es de una importancia excepcional. Se trata del primer capítulo («El menéndezpelayismo político») de *La monarquía tradicional* (1), donde, tras afirmar la valía permanente de la lección del polígrafo montañés, pone en tela de juego su estrella política. Menéndez Pelayo —viene a decir— redescubrió la olvidada tradición cultural española, pero no tuvo tiempo de ahondar en nuestra tradición política. El problema surge cuando se pretende trasfundir la savia de su saber en una actitud de política cultural o de política «a secas», y ese tránsito desde abanderado de una cultura hispánica a abanderado de una política cultural, primero, y luego a gonfaloniero de un entendimiento a la española de la política de España, es cabalmente lo que recusa el profesor Elías de Tejada.

Porque don Marcelino nunca soñó levantar huestes banderizas políticas, bien seguro en la intuición de que su tarea era estrictamente cultural. Porque es sólo a la caída de la Restauración, en 1931, cuando, por obra de *Acción Española*, cuaja en una política cultural. Porque, sólo a través del engarce de este movimiento cultural con el alzamiento del 18 de Julio, el menéndezpelayismo que en sus orígenes fuera apenas bastión sabio, y que *Acción Española* cambia en política cultural, adviene al terreno puramente político. Ese es, a juicio de Elías de Tejada, el designio de Calvo Serer y su grupo.

Y he ahí un grave error, pues «una cosa será el legado de su concepción de la cultura española como sistema objetivo de verdades cristianas, inmutable y firmísimo frente a los asaltos de la extranjerización, y otra será su actitud política, que el propio representante de los menéndezpelayistas actuales viene a disputar por accidental» (2). Máxime cuando, como es el caso, don Marcelino, que supo historiar como nadie tantas cosas —de manera incomparable en aquellas materias en las que puso sus manos—, no fue historiador del pensamiento político, ni de las instituciones políticas españolas. Lo que quizá sirva para exculparle de sus errores y desconocimientos en tales materias, pero evidentemente le inhabilita para ser tenido como maestro de las mismas. Pues, muy significativamente, confundió el carlismo con un absolutismo dieciochesco, de modo que «ignorando por la vía del estudio la tradición política nuestra y

(1) Cfr. Francisco Elías de Tejada, *La monarquía tradicional*, Madrid, 1954, págs. 13-28.

(2) Id., *op. ult. cit.*, pág. 20, donde se refiere a un texto del propio Calvo Serer.

alejado de los portaestandartes de ella, la actitud de don Marcelino fue profundísimamente eficaz en lo cultural, documentada cual ninguna y creadora de un universo de verdades sacado titánicamente de las garras del olvido; pero en lo político quedó en intuición, en mera intuición» (3).

El segundo texto antes aludido, el comentario al libro de Marrero, tiene incluso un tono más duro. Dice así en su último párrafo: «Cuanto antecede proviene del capricho de dar de lado a los varones de las Españas clásicas, por mor de ese sarampión europeísta que anda corroyendo tantos buenos cerebros de hoy. La fortaleza del carlismo reside en algo que veo con pena no acierta el autor [Marrero] a calibrar en sus perfiles totales: en que no es mera continuidad dinástica, sino la continuidad de las Españas contra el absolutismo del siglo XVIII, contra el liberalismo del XIX y contra los varios ismos extranjeños del XX. De ahí que su libro dé esa descomunal preferencia a los autores de los últimos ciento cincuenta años, sin ir a buscar el agua de la gracia española en sus hontanares auténticos: los que manan de los siglos XIII al XVII. Es el error de don Marcelino en su brindis del Retiro el 20 de mayo de 1880, tomando por Tradición política española unas reglas sacadas del teatro de Calderón. Es el error que fuerza a Calvo Serer a estar pendiente del último librito del último escritorzuelo de París o de Viena, olvidando los Saavedra Fajardo y los Gerónimo Osorio. Es el yerro de nuestros regionalistas de la Lliga o del vizcainismo sabiniano, que traducen al catalán o al vascón ideas extrañas sin citar una sola vez los clásicos de Cataluña o de Euskalerría, vertiendo a nivel regional las propias ideas que Cánovas del Castillo ponía en la lengua de Castilla. Es la confusión de Maeztu no profundizando en la Tradición que intuía y yendo a buscar en el guildismo anglosajón los hitos de su trayectoria ideológica» (4).

Dos ideas nos han aparecido estrechamente unidas y ambas nos van a ocupar en las próximas páginas. Por una parte, señalar las limitaciones de la, por otra parte, obra gigantesca de Menéndez Pelayo. Lo que no cabe es pedirle a don Marcelino lo que no nos puede dar. De aquí surge la necesidad no de seguirle o de repetirlo en política, sino de imitarle, trasladando a la historia de las ideas su afán en los estudios que llenaron su vida. La segunda es discernir la paja y el grano en los autores tenidos por tradicionalistas, viniendo así a la distinción entre tradicionalismo y carlismo. Al fin y al cabo, esta segunda resulta corolario de la primera, pues en cuanto acertemos en el planteamiento correcto tendremos el criterio que poder aplicar a una política cultural verdaderamente tradicionalista.

(3) Id., *op. ult. cit.*, págs. 24-25.

(4) Id., recensión al libro de Vicente Marrero *La guerra española y el trust de cerebros, Azada y asta* (Madrid), febrero-marzo de 1962, págs. 8-10, 10. Puede encontrarse reproducido en Manuel de Santa Cruz, *Apuntes y documentos para la historia del tradicionalismo español (1939-1966)*, tomo 23 (1961), Madrid, 1990, págs. 207-214.

Son las limitaciones de una obra gigantesca las que Elías de Tejada pone de relieve en páginas muy sugestivas. Y escritas con la intención confesada no de destruir sino de apuntalar, de depurar los contornos de las intenciones: «Zapando sin cesar para aventar osamentas culturales, no tuvo tiempo para desenterrar normas políticas; lo único que hizo fue decirnos, eso sí, la manera en que habremos de proceder para desenterrarlas» (5). Creo que ese fue el camino que emprendió Francisco Elías de Tejada, rehacer «la historia de la tradición política española empleando los mismos criterios que don Marcelino empleó para rehacer las ideas estéticas o los orígenes de la novela entre nosotros» (6).

Algo similar ve en la figura, para él también muy querida de Ramón Otero Pedrayo. Y en un artículo escrito para homenajearle con motivo de su jubilación, le califica de redescubridor cultural del tradicionalismo gallego, aunque apunta que cayó en idéntico yerro al que sufrió don Marcelino medio siglo atrás, es decir, el de no entender la tradición política: «Sentó las premisas para la intelección de Galicia, tal como don Marcelino cavó los cimientos para la intelección de las Españas. Pero quedaron en Moisés políticos, oteando desde las cimas de su sabiduría el paisaje cálido de la tierra prometida en la que no llegaron a plantar sus pies de pensadores. Los actos de los dos no definen su entera condición histórica. Porque Menéndez Pelayo es mucho más que un canovista de 1890 y Otero mucho más que un galleguista de 1931. El porvenir ha de juzgarles por los méritos de sus respectivos tradicionalismos culturales y por el inconcebible fallo de no haber apurado las consecuencias reales que en ellos iban sembradas» (7). Francisco Elías de Tejada fue el Menéndez Pelayo de la historia y la tradición políticas e hizo realidad lo que un día planteó en hipótesis.

La segunda idea requiere una explicación más detallada. Por comenzar directamente, con la menores elusiones posibles, diré que a Elías de Tejada, y a los hombres del tradicionalismo último, debemos la prueba indiscutible de que el carlismo —se lo leíamos hace un momento— no es un simple pleito dinástico sino la continuidad de las Españas. Sólo a través del conocimiento y el fervor por la Ciudad cristiana, esto es la civilización forjada en la Cristiandad pre-luterana, prolongada en la Contrarreforma y en la civilización del barroco o española, puede penetrarse el sentido profundo de continuidad y de lealtad históricas que posee el carlismo y su pervivencia hasta nuestros días. No quiero decir con esto, que los pensadores del tradicionalismo anteriores carecieran de esta sagacidad o no comprendieran el significado de su servicio a la causa. Lo que tengo interés en aclarar es que nunca se había hecho tan palmario. Quizá de nuevo vuelva a acreditarse la proporción inversa en que se encuentran la obra teorizadora y la vivencia. Probablemente este hecho se vivió connaturalmente mientras el régimen tra-

(5) Francisco Elías de Tejada, *La monarquía tradicional*, cit., pág. 21.

(6) Id., *op. ult. cit.*, pág. 27.

(7) Francisco Elías de Tejada, «Ramón Otero Pedrayo», *Siempre* (Madrid) n.º 1 (1958), s. p.

dicional se perpetuaba aun en simples jirones. Mientras que la empresa teorizadora, como saber de crisis, alcanza sus mayores frutos en un momento posterior. Los antiguos tradicionalistas no postulaban un designio político, sino que se aferraban a una *realidad* que precisamente la ideología trataba de desarbolar. Perdida la *vivencia*, va a cuajar la *teorización* (8).

Gambra, escribiendo de Mella, dijo que constituía un punto luminoso, tradicionalista y carlista, político teórico y político histórico, entre el tradicionalismo de la primera mitad del XIX, demasiado envuelto por la historia concreta, todavía viva en una situación imperfecta, y el tradicionalismo de este siglo, casi desarraigado de los hechos, envuelto en las brumas de un pasado lejano e idealizado (9). Quizá haya llegado el momento de un tradicionalismo ya puramente teórico, que por un lado facilita la captación doctrinal depurada de algunas realidades pero por otra puede llegar a hacer imposible la aprehensión del fenómeno carlista.

Debemos a Elías de Tejada, en este sentido, un esfuerzo notable por captar el núcleo último de inteligibilidad del carlismo, su originalidad dentro del pensamiento tradicionalista y sus diferencias con otros fenómenos políticos e intelectuales que habitualmente se le consideran cercanos. Esta es la realidad que hay que tener en cuenta para acertar al enjuiciar esta parte de su obra. Podremos quizá encontrarnos con excesos, injusticias, errores o desenfoces. Podremos disentir de algunas de las afirmaciones o concreciones. Pero lo que no deja resquicio a la discrepancia es la intención elucidadora que preside su labor. Y que es necesaria a la vista de tantas mixturas y confusionismos como han venido cercando este tema. Por otra parte, no es exclusiva de él la tarea, pues en ella puso a la obra a buena parte de su pronto volatilizada escuela. Además de los esfuerzos, paralelos a veces, concurrentes en otros, de otros miembros distinguidos del tipo de pensamiento que paradigmáticamente representó.

En un texto inédito del que sólo sabemos que pertenece a su larga etapa sevillana, y que sitúo al comienzo de la misma, a mediados de los cincuenta, titulado «El tradicionalismo político español», hallamos materiales interesantes para introducirnos en el asunto (10). Pues, en su apurada síntesis—doce folios mecanografiados— y en su intención divulgadora, sin desmerecer la precisión

(8) Esta idea la encontramos en muchos lugares de la obra de Alvaro d'Ors. Cfr. por ejemplo, «Sobre el no-estatismo de Roma», en el vol. de d'Ors *Ensayos de teoría política*, Pamplona, 1979, pág. 56. Para una aplicación de esta tesis al problema concreto de el regionalismo, cfr. Miguel Ayuso, «La evolución ideológica en torno al centralismo», *Verbo* (Madrid), núm. 215-216, (1983), págs. 617-638.

(9) Cfr. Rafael Gambra, *La monarquía social y representativa en el pensamiento tradicional*, Madrid, 1953, pág. 33. En realidad, todo el capítulo introductorio, págs. 7-33, tiene enorme interés al efecto.

(10) Cfr. Francisco Elías de Tejada, «El tradicionalismo político español», pro manuscrito, Sevilla, s.f. Fijo la fecha a mediados de los cincuenta, quizá en 1955, habida cuenta de que cita su libro sobre la monarquía tradicional de 1954, así como por diversos comentarios circunstanciales que vierte, concretamente los relativos a la operación del diario *Informaciones* y a la conjetura, como tal formulada, sobre la conversión del regente don Javier de Borbón-Parma en rey.

doctrinal, se convierte en un instrumento privilegiado de acercamiento, de modo semejante a lo que ocurre con otro inédito, este al final de su etapa sevillana, pues es de 1977, y que lleva por rúbrica «Decálogo del tradicionalismo español» (11).

El primer epígrafe de aquél, se llama «Tradicionalismo y carlismo» y constituye un magnífico resumen de la historia dinástica y doctrinal del carlismo. De acuerdo con lo que es doctrina común entre los carlistas, y aparece refulgentemente en el libro *¿Qué es el carlismo?*, en éste confluyen tres bases cardinales que lo definen, sin cuya interpenetración no puede entenderse, y que son una bandera dinástica (la de la legitimidad), una continuidad histórica (la de las Españas) y una doctrina jurídico-política (la tradicionalista). Según esta explicación el legitimismo, en un momento histórico concreto, viene a servir de banderín de enganche en defensa de la tradición cristiana de un pueblo ante el ataque de la revolución liberal (12).

Los últimos actos de esta historia nos llevan al alzamiento nacional del 18 de julio de 1936, con importante participación carlista, y a la problemática —desde el ángulo carlista— realidad del régimen nacido de la victoria en la guerra en que, con su fracaso como tal, desembocó aquel alzamiento. Elías de Tejada explica que los jefes militares «impusieron un sistema no acorde con los ideales del carlismo» y que «la actitud a seguir en relación al régimen de Franco provocó una escisión, integrándose en el falangismo caracterizados carlistas, como Esteban Bilbao y el conde de Rodezno (...), [aunque] la mayoría pareció seguir la línea de abstención política preconizada por Fal Conde». Al presente, continúa, se inicia palpable tendencia a la aproximación: «Con lo cual la bandera de la intransigencia, antes siempre en brazos del carlismo, ha pasado a manos de determinados sectores juanistas, sobre todo el dirigido por Rafael Calvo Serer, quien postula una monarquía tradicional en la línea de los reyes liberales, descendientes de Isabel II. Este cambio y la dejación de la característica intransigencia simboliza la presente crisis del tradicionalismo político español y puede conducir a disociar la equiparación entre carlismo y tradicionalismo, identificados durante ciento veinte años» (13).

Este texto, bastante nítido y bastante ponderado, nos ofrece algunas claves. En primer lugar, en el pasado se ha producido una identificación entre tradicionalismo y carlismo. Pese a la existencia de autores que se salen de tal identidad. En segundo término, aparece un grupo que amenaza con quebrar esa antigua fusión, máxime cuando el carlismo parece aproximarse a un régimen contrario a la doctrina tradicionalista. Así, en la nota bibliográfica final, dice

(11) Cfr., Id., «Decálogo del tradicionalismo español», pro manuscrito, Sevilla 1977.

(12) Cfr. Id., *¿Qué es el carlismo?*, Madrid, 1971, págs. 28-29; «El tradicionalismo político español», *loc. cit.*, folios 2-4.

(13) Id., *loc. ult. cit.*, folio 3.

que «aunque ajenos al carlismo, mantienen la doctrina tradicionalista los escritores dinásticamente liberales del grupo formado por Rafael Calvo Serer, Angel López Amo, Gonzalo Fernández de la Mora, Eugenio Vegas Latapie, Jorge Vigón y demás continuadores de la estela de Ramiro de Maeztu». Pero, en tercer lugar, aparece una clave que termina de aclarar el panorama, y es que «la significación auténtica del tradicionalismo político español se halla muy por encima de la ocasional contienda dinástica entre carlistas e isabelinos» (14). Repitiendo las ideas, conocidas, de que los carlistas son un grupo que, en la lealtad a una línea de reyes, sostiene los principios de la tradición; y que el tradicionalismo político español nace en el instante en que hace crisis el viejo concepto medieval de Cristiandad y brota la realidad nueva de Europa.

A la luz de las consideraciones anteriores no es difícil aprehender las razones de la polémica de Elías de Tejada con Marrero. Pues a fin de cuentas éste, a quien aquél apreciaba —como se demostró en su favorable recensión de *El poder entrañable*, antes del intercambio de pareceres, y ya después en el hecho mentado de apadrinar su tesis—, no dejó de jugar en política las cartas de la acomodación, principalmente al régimen de Franco, y en el fondo también a la dinastía liberal, pese a su apariencia tradicionalista. Quienes en la época peleaban en el seno de la Comunión Tradicionalista me han recordado en ocasiones esa doble cara finalmente resuelta siempre en un único sentido. Sino por lo demás parecido al de sus mentores y mecenas. Y en todo caso sin indecorosos travestismos ulteriores, que éstos —en honor a la verdad— tampoco hicieron, diferenciándose del tenor marcado por un poderoso instituto secular —aún más a la sazón—, en particular de algunos de sus miembros. Otra cosa es que la trayectoria de Elías, tan severo censor, también conociera de algún que otro vaivén. Como quiera que sea, y participando quien esto escribe de la posición más ultramontana, en el orden del pensamiento, Vicente Marrero está entre los más notables cultores del pensamiento tradicional en la segunda mitad del siglo veinte. Por ello, más que por la amistad que con él me unió, estas páginas *in memoriam*.

(14) Id., *loc. ult. cit.*, folios 3-4. En cuanto a la enumeración de los tradicionalistas juanistas, mezcla autores de dos generaciones claramente diferenciadas y además de significación no exactamente idéntica. Entiendo, además que Eugenio Vegas estuvo siempre por encima de la intentona de Calvo.